

Los ángeles han podido pecar, y, en efecto, pecaron.

Pecó Lucifer, y su pecado fué la causa de que otros ángeles pecaran, no porque él los obligara á cometer esa culpa, sino induciéndolos, como por cierta exhortación, según la frase de Santo Tomás.

El pecado primero cometido por Lucifer, fué la soberbia.

La envidia vino en seguida.

“Después del pecado de soberbia, dice Santo Tomás, cayó el ángel pecador en el pecado de la envidia: se dolió del bien del hombre y se dolió también de la excelencia divina, por cuanto á que Dios usa de ella para su gloria, contra la voluntad del ángel que había pecado.”

San Pablo revela, con sus frases sobrias pero siempre luminosas, cómo pudo caer Lucifer en el pecado de envidia.

“Dios, dice el Apóstol, introduciendo á su Hijo único en el mundo, ordenó por segunda vez á los ángeles que le adoraran: *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terræ dicit: Et adorant eum omnes angeli ejus.*”

San Pablo dice que, por segunda vez, *iterum*,

introdujo Dios á su primogénito: una segunda vez, necesariamente, supone una primera.

“Nos es permitido, entonces, dice el P. Monsabré, creer con los Santos Doctores y con eminentes teólogos, que el plan total de la creación fué originariamente revelado á los ángeles que vieron entonces al Verbo Encarnado, y que Dios les pidió, para este gran predestinado, un cántico de adoración.”

Vieron, entonces, desde esa vez primera, al Verbo Encarnado, al Verbo hecho hombre, al Verbo divino unido á la humana naturaleza.

“Oh esplendor del Padre, exclamarían entonces, dice el P. Monsabré, espejo inalterable y viviente de la sustancia divina, ¿por qué envilecer-te?”

“Quieres unirse á la creatura; detente en nuestra luminosa y pura esencia, y no vayas á perderte en un polvo abyecto, si quieres evitarte el desprecio de nuestra grandeza.”

“Y el Verbo, agrega el P. Monsabré, respondió: id, malditos, *ite maledicti.*”

Quiso Lucifer buscar, en sí mismo, su felicidad suprema, y este fué su orgullo: quiso despreciar al Verbo, porque lo veía unido á la humanidad,

que era una naturaleza inferior á la suya, y esta fué su envidia.

No es posible hacer cálculos para conocer el tiempo que duró este misterioso y trágico acontecimiento: nuestra naturaleza mixta, preciso es repetirlo, no nos permite darnos cuenta completa y cabal de la manera con que se realizan las operaciones de las naturalezas puras, como son los ángeles.

Las revelaciones de Dios, el levantamiento del orgullo y de la envidia, el juicio, la sentencia, la maldición, el combate de los espíritus fieles contra los espíritus rebeldes, la victoria, el eterno alejamiento de las falanges pecadoras, todo se ha realizado en un instante.

El efecto que la culpa produjo en los ángeles, y eso constituye su pena, fué el que su entendimiento se entenebreciera, que su voluntad se obsecara, y que su ser sintiera el dolor no como una pasión, sino como lo puede sentir un espíritu.

El conocimiento de la verdad, ó proviene de la naturaleza, ó proviene de la gracia, y este último puede ser especulativo ó práctico.

El primero en el ángel pecador, ni se disminuyó ni se perdió: ese conocimiento sigue á la na-

turalidad y la naturaleza del ángel es el ser inteligente.

Como esa naturaleza es enteramente simple, nada se le puede quitar para que, con lo que se le quite, quede castigado.

En el hombre, que es una naturaleza mixta, si puede quitarse algo, cuya pérdida le sirva de castigo, como cuando se le corta un pie ó una mano.

La simplicidad hace imposible la separación de una parte de la substancia simple.

Por eso los filósofos y los teólogos afirman que los dones naturales permanecen íntegros en los ángeles pecadores.

El conocimiento especulativo que proviene de la gracia, y que consiste en la revelación de los secretos divinos, quedó disminuido en los ángeles pecadores, según la enseñanza de Santo Tomás, y el conocimiento efectivo, proveniente del mismo origen y que consiste en crear el amor de Dios en los seres que han salido de su mano, lo perdieron completamente.

La obsecación en el mal, el permanecer invariablemente en el mal, es el otro efecto que la culpa produjo en los ángeles pecadores.

La causa de esta obstinación no es la gravedad de la culpa, sino la condición del estado.

Para los ángeles, dice un eminente doctor de la Iglesia, fué la caída, lo que es para los hombres la muerte.

Los pecados del hombre, graves ó leves, son perdonables: después de la muerte, son irremisibles y permanecen perpetuamente.

Así pasó en los ángeles, después de que pecaron.

Hay también en los ángeles pecadores, dolor y sufrimiento.

No existe en ellos ese dolor como una pasión, porque eso es propio del apetito sensitivo, que es una virtud en el órgano corporal, del que carecen los ángeles.

Pero el dolor, como simple acto de la voluntad, existe en los ángeles que pecaron.

El dolor, así considerado, no es más que la resistencia de la voluntad á aquello que es, ó á aquello que no es.

En los ángeles malos hay ese sentimiento de dolor: quieren que no sean muchas cosas que son, y que sean las que no son.

Quisieran que se condenaran los justos; quisieran tener la bienaventuranza que no tienen.

Al no obtener alguna de esas cosas, su voluntad se siente contrariada, sufren, porque la pena y el sufrimiento, para que tengan ese carácter, han de ser contrarias á la voluntad.

Los ángeles malos quedan, por consiguiente, con obstinación apegados al mal, como aquellos animales cuyo diente, penetrante y cruel, se hunde tan profundamente en la presa que no se le puede separar, sino rompiéndola.

Incapaces de encontrar la felicidad en la paz, corren tras de los falsos goces de la venganza en la que gastan el admirable poder que tienen por su naturaleza, ejerciéndolo sobre los espíritus y sobre los cuerpos.

“Venganza contra Dios, dice el padre Monsabré, á quien pretenden arrebatar las adoraciones de la criatura, falsificando su omnipotencia por medio de prestigios; venganza contra los ángeles fieles, cuyo gobierno y protección contrarían turbando á la naturaleza y seduciendo á las almas; venganza, sobre todo, contra el hombre que debe llenar los vacíos que ellos dejaron en el cielo, llevándolo al mal para arrastrarlo consigo en una eterna desgracia.”

—“Esta venganza, agrega el padre Monsabré, ha-

ce sonreír á los espíritus fuertes que creen haber aplastado á los demonios bajo el peso de su vanidosa ciencia.”

“Negando la acción de los malos espíritus, creen haber encontrado una novedad: se engañan.”

“Los epicúreos del judaísmo y del politeísmo, los han precedido hace mucho tiempo.

“Sus sarcasmos ligeramente han pesado sobre la creencia del género humano: juzgo que el desprecio soberbio de nuestros contemporáneos, no ha de tener mejor fortuna.”

“La tradición sobre la existencia de los ángeles malos está hecha, y su autoridad es demasiado imponente para que, puedan destruirla los negadores que la rechazan.”

“Si los espíritus existen, ¿puede rehusárseles la libertad?

“Si son libres, ¿por qué no creer en su caída?”

“Si hay espíritus caídos, ¿porqué no podrán hacer uso de su poder maligno?”

Por haberlo manifestado en diversas épocas, los pueblos los han adorado bajo los nombres de *divinidades crueles, funestas y sin piedad.*

Por eso mismo, los filósofos más sensatos han

confesado su existencia y descrito su papel en el mundo.

San Pablo, el filósofo del cristianismo, de acuerdo con la historia religiosa de todos los pueblos, y con el genio de Platón y Aristóteles, ha dicho: “No tenemos que luchar solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los principados y las potestades, contra los reyes invisibles de este mundo tenebroso, contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire.”

La caída de los ángeles podía no ser en el origen de las cosas, más que una sombra providencial, destinada á poner de resalto los esplendores de nuestra fidelidad.

Se ha hecho, sin embargo, el prólogo del drama de nuestra caída: tiempo es de volver á su estudio.

#### LA CAIDA DE ADAN.

El primer hombre, adornado con los espléndidos privilegios de la naturaleza y con los incomparables dones de la gracia, vivía sumergido, por decirlo así, en las delicias del Edén, en íntima y no